

Mariano V. Osnaya

(Ciudad de México, 1985) es editor audiovisual y escritor. Estudió el posgrado en Filosofía de la Cultura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado en diversas revistas académicas, libros colectivos y web. Editó el largometraje documental *Porque nos encontramos no sucumbió la eternidad* de Daniela Rea; co-dirigió y editó el documental para televisión *Talacheros F. C.* En paralelo, trabaja en el área de medios audiovisuales de la Dirección General de Divulgación de la Ciencia, UNAM, como realizador, guionista y editor.

Twitter: @marianoviom

El masse furioso

En la rockola alguien puso “Soy lo prohibido”. Era una versión que no conocía en la que cantaba Tania Libertad a dueto con Marco Antonio Muñoz. Por eso me distraje.

Jugábamos bola nueve a derby. El Tuerto me dijo que yo abriera, colocó las bolas a la altura de los diamantes, giró la nueve al centro antes de quitar el triángulo y yo coloqué la blanca casi pegada a la banda izquierda. Tiré recio, sin efecto. La uno entró en la buchaca de en medio. El juego se dispersó bien. Había muchas chances para seguirse en orden, a la segura, pero como estábamos a derby, si metía la nueve antes me llevaba toda la numeración. En derby el número de la bola se multiplica por la cantidad apostada. Ahí estábamos a cien por bola si te ibas derecho, pero el que metiera la nueve por carambola se le pagaba completa la serie y yo necesitaba esos cuatro mil quinientos.

Por lo común no me arriesgo tanto. Siempre apuesto cuando sé que voy a ganar. La ventaja es que ya conocía el juego del Tuerto: jugaba rápido y acomodaba bien la blanca para el siguiente tiro, pero dependía mucho de su previsión a la ofensiva; yo, en cambio, jugaba más bien a la defensiva cuando estaba en bola nueve; aparte de hacerte juego debes tener la nueve siempre a la vista, evitar dejársela al otro, cuidarla a lo lejos pero sin fijarte mucho en ella, esconderla y evitar pegarla a las bandas, tanto más al centro y adelante de los diamantes donde se abrió cuanto mejor es. Pero

ninguna previsión resulta suficiente. El billar es un juego de azar donde lo que importa está fuera de la mesa.

Entonces me arriesgué. Tenía la blanca al centro, algo incómoda, había que estirarse un poco y dejar el taco al aire, sólo recargarlo en el pulgar sin hacer mucha presión, darle el efecto a la derecha para que jalara la dos e impactara con la nueve en la buchaca del fondo con suficiente fuerza para tampoco dejársela al Tuerto. Tizé el taco, prendí un cigarro y lo dejé en el cenicero sin fumarlo. Empezó a sonar la canción. Miré al tuerto y me coloqué. Un requinto rapidísimo fondeaba a Tania Libertad y su voz se perdía como fantasma entre las notas, las atravesaba. Nada nuevo, en realidad. No fue sino hasta que llegó al verso “Soy ese nombre que jamás/ fuera de aquí pronunciarás”, que daba paso, mejor dicho, que saltaba y preparaba la irrupción de Marco Antonio Muñoz, no fue sino hasta que él detuvo ese viento melódico de Tania Libertad cuando me distraje al unísono que le pegué a la blanca. Mi golpe sólo alcanzó para besar la dos, que, como la voz de Tania, tan sólo fue un deseo que se consumó rápidamente, el cual apenas alcanzaba para que la azul acompañara la rayada a lo largo de la banda como si fuera con ella a su entierro, hacia la fosa del fondo, a la izquierda, para dejarla ahí, a un paso de la buchaca, separándose despacio, como despidiéndose. Me tardé en reconocer lo que había hecho. Levanté la cabeza sin sorpresa. El Tuerto estaba sonriendo.

—Ya chingaste, pinche Poeta —dijo.

El Tuerto no tuvo que hacer nada más: la blanca le quedó en línea recta y con el camino despejado, le dio seco a la dos para aventar la nueve a la buchaca, para enterrarla ahí. La blanca quedó estática en la mesa, como una piedra, como un planeta quieto, opaco. Y me chingué.

—Ya ves, ¿pa' qué apuestas? Nomás sales a endrogame —me dijo el Tuerto. —Saca, pa' que veas que soy compa. Te lo dejo en cuatro varos.

Su caridad me molestó. Se me acercó y pensé que me iba a soltar un putazo, pero no. Como si ya supiera que no traía el dinero, me agarró del hombro y me arrastró a una mesa apartada, una que estaba pegada a los ventanales, debajo de un letrero neón. Le pidió dos caguamas al Pulga y nos sentamos.

Me quedé mirando hacia la calle. El billar estaba en un tercer piso donde se veía bien hacia abajo. Ya era de noche y los locales habían cerrado. Las patrullas comenzaban a dar sus rondines.

No quería darle la cara al Tuerto, aparte de que no aguantaba su aliento ni su boca a la que le faltaban tres dientes al frente; los que tenía estaban chuecos pero sorprendentemente blancos. Usaba lentes oscuros, imitación *Dolce & Gabbana*, que recargaba sobre su nariz torcida que no paraba de moquear. Recién lo habían madreado en un cabaret de Garibaldi, eso me dijo luego el Pulga. Me dio una caguama y me dijo que no me preocupara, que no me iba a cobrar. Resulta que tenía que hacerle un favor y si no se lo hacía me iba a estar chingando hasta que le pagara de algún modo. Muerto no le servía de nada. La tranquilidad con que decía todo me paralizó, me secaba la garganta. Le di un trago profundo a la cerveza y prendí un cigarro.

—Entonces ¿le entras o no? —me preguntó.

—¿Cómo está el pedo?

—¿Le entras o no?

Le respondí con la mirada.

—No la puedes cagar —me advirtió, sonriendo.

Se levantó, agarró su caguama y me dijo que lo viera ahí mismo al día siguiente a la misma hora.

Tomó un taco y se puso a jugar carambola.

Dejé mi cerveza a la mitad y me fui. No tenía caso huir por cuatro mil pesos. Perdía más yo, aparte de que el Tuerto me andaría cazando hasta encontrarme. No dormí esa noche.

Al día siguiente llegué al billar a las seis y media. Pedí una mesa y me puse a jugar solo. Mientras jugaba imaginaba lo peor para el Tuerto, sólo me interesaba que no llegara, sólo me interesaba que no estuviera vivo. Si no llegaba, cualquiera que fuera el motivo, tal vez sí me daría tiempo de escapar. No sería la primera vez. Pero se me fue el tiempo jugando.

El Tuerto llegó a las nueve en punto. Saludó a todos, se me acercó y me dijo que nos sentáramos en la mesa del fondo. Iluminados por la luz neón, parecía que estaba en un sueño. No había canciones en la rockola. Sólo se oían las pláticas distantes, como se oye el oleaje en la noche, y los golpes macizos de las bolas, cómo se tallaban en la tela de las mesas, cómo cortaban el viento cuando

se desplazan y recorren todas las bandas hasta la otra buchaca, como un murmullo, como un viento quedo, un soplo continuado, alargado lo que dura una mesa de billar.

—Tienes que quebrar a un amigo. Es mi compadre, por eso no lo puedo hacer yo —me dijo.

Guardé silencio.

El Tuerto me dio las direcciones del compadre y sus señas generales. Era regordete, chaparro, no tan moreno, pero tampoco güero. Usaba bigote y patillas largas. A veces se dejaba la barba. Tenía el cabello negro y se estaba quedando calvo de la mollera para arriba. En el trabajo vestía un chaleco rojo pero siempre, al salir, se lo quitaba y se ponía una chamarra, un rompeviento azul con vino que en la espalda lleva la paloma de *Nike* dentro de un óvalo. Vivía con su esposa en una azotea cerca de metro Escuadrón 201. No tenían hijos. Trabajaba de Vallet Parking en un restaurante de Polanco, en Moliere casi esquina con Ejército Nacional. Eso era todo. Su nombre nunca me lo dijo.

Yo conocía bien los lugares donde se movía el compadre. En metro Escuadrón 201, entre Usigli y Yáñez, a media calle sobre Teniente Gómez Moreno, hay un billar que se llama *El masse furioso* y sobre Moliere, justo enfrente del restaurante hay otro billar que no tiene nombre o que sólo se llama *Pool Club*. Tenía que parecer un asalto y era imperativo que fuera en el camino de su trabajo a su casa, ya fuera saliendo de Polanco o llegando a Iztapalapa.

—Te queda mejor llegando a Iztapalapa —dijo el Tuerto.

—¿Por qué?

—El compadre siempre pasa a echar la ficha a un billar que está por ahí, se llama *El masse furioso*.

—Lo conozco.

—Tomas una mesa, lo observas hasta que salga y te esperas a que llegue a unas dos cuerdas del edificio donde vive. Llega a su casa entre once y once y media. No más tarde. Te veo aquí el sábado. Ya sé dónde vives, así que no hagas pendejadas.

Esa noche me quedé con el Pulga hasta la madrugada. Cerró el billar y nos quedamos tomando. Lo único que recuerdo es que me advirtió lo mismo que el Tuerto, que no hiciera pendejas y que no intentara nada contra él. Recuerdo que no quise saber por qué. Desperté en mi casa, sin cruda y con miedo.

Cuando miro las olas pienso siempre en ese día. Podría regresar ahora a México, pero no quiero hacerlo, no extraño nada y no dejé a nadie atrás. Acaso las borracheras con el Pulga y todos los locales donde se podía jugar, donde podías cucharear a quien fuera, siempre subiendo la apuesta, actuando. Actuar, haciendo creer que eres un jugador mediano y que más bien tu vicio es la apuesta, actuando en el último juego y hacerles creer que si ganas es más por suerte que por destreza, más por azar que por habilidad. Nunca hay que verse muy seguro, siempre hay que dudar y tardarse el tiempo suficiente, no importa que en la cabeza ya tengas proyectados los siguientes tres tiros, no importa haber imaginado ya las líneas y los cruces entre los diamantes y las bandas.

De cualquier forma, todo se decide en ese microsegundo cuando la cabeza del taco, tizada o no, impacta con la bola; la más mínima vibración en el suelo, el pulso de la mano, el arqueado chueco del brazo izquierdo con el que sostienes el taco, el taco mismo, que se haya fisurado en el tiro anterior o darle a la bola un milímetro más a la derecha, o más arriba de lo necesario, o sin la fuerza, o con demasiada, todo ello importa para lograr un tiro que parezca azaroso aunque en el fondo sepas que en verdad lo es y que todo en el juego del billar consiste en eliminar, enfrentando, todo lo que fluye y recorre alrededor y dentro de la mesa, ese flujo que se parece tanto al mar cuando está picado, impredecible, abismado; eliminar el azar como los arrecifes rompen las olas; quizá por eso el mejor tiro, el único prohibido en cualquier salón de juego respetable, es el *masse*, porque rompe con las reglas del billar: el taco, casi de pie, casi vertical, curva la recta de la bola y rodea todo lo que esté enfrente, se trata de un rodeo infinito, no frontal, y creo que así es la vida y así debió ser el día que hice el encargo del Tuerto.

Me fui temprano para ubicar el edificio. Caminé las calles por las que podría llegar el compadre, conté el tiempo que me llevaría recorrerlas y calculé la distancia en cuerdas y pasos. Tendría que cruzar forzosamente el Eje, ya sea saliendo por Usigli o Yáñez y caminar hasta el semáforo, aunque por la hora, lo más probable es que no lo hiciera. Lo mejor sería alcanzarlo mientras atravesaba el eje y picarlo en el camellón, por la espalda, en el cuello. Me senté en una jardinera desde donde

podía ver cuando llegara el familiar del Tuerto. Enterré el pico que llevaba ahí mismo, en la jardinera. El compadre llegó cerca de las ocho. Entré unos minutos después que él.

El masse furioso había cambiado desde la última vez que fui a jugar. Se había convertido en uno de esos billares familiares atestado de adolescentes y malos jugadores. También había viejos de esos que se quejan, precisamente, de los adolescentes ruidosos, viejos que beben poco y juegan dominó por diversión. El letrero en las puertas que prohibía la entrada a menores de edad, uniformados y mujeres cambió por uno que decía que ahí no se discriminaba a nadie. Las mesas no eran profesionales, tenían las buchacas abiertas, los paños estaban lisos, sin textura y con quemaduras de cigarro. Sólo había dos mesas de carambola donde antes había seis. Todos los acabados de madera, que brillaban y le daban su toque de cantina antigua, fueron sustituidos por loseta sobre cemento. Sin espejos sobre los muros, sin casilleros para los tacos, sin ceniceros altos, con cuadros de coches y anuncios de *Budweisser* con mujeres en trajes de baño, con retratos de María Sabina, Che Guevara y Jim Morrison, el lugar parecía más un antro para pubertos de secundaria donde se vende cerveza barata.

Sin embargo, esa era la mejor fachada para apostar fuerte. El billar había sido ampliado. Hasta el fondo, pasando los baños, habían abierto una zona con dos mesas profesionales de pool y dos de carambola, detrás de éstas había cuatro mesas para jugar dominó, en una de la cuales estaba el compadre. Jugaba en pareja con lo que parecía un oficinista: traje lustroso, negro, camisa blanca y

corbata desajustada, el saco al respaldo, le daba pequeños sorbos a la cuba que reposaba de inmediato en la esquinera de la pata derecha de la mesa.

El compadre no tomaba nada. A los otros dos no los vi bien, uno me daba la espalda y el otro escondía el rostro gracias a la poca iluminación y la sombra que le daba la visera de su gorra. Por suerte en la mesa de pool jugaba solo un gordo con gorra de camionero. Practicaba tiros. Me acerqué y le dije que si jugábamos. ¿Cuánto por bola?, preguntó. Le dije que veinte pesos. Sonrió y sin decir nada volvió a su juego.

—Que sean cincuenta, entonces.

—Acomódalas —me respondió de mala gana— ¿Bola nueve?

—Sí.

—Abre pichón.

Saqué las bolas que sobraban y puse las otras dentro del triángulo. Fui por un taco. Tomé uno ligero con anillo dorado en la base, sin goma y de una misma madera. Estaba algo chueco, lo supe cuando lo palmé. Sentí la mirada desconfiada de mi oponente: o yo era muy bueno o era un perfecto idiota, dado que nadie usaría un taco así para jugar.

—Bola en mano en los faules pero va detrás de los diamantes.

Abrí al centro. La siete entró. De ahí me fui sin arriesgar nada, metí una tras otra, sin mucho esfuerzo, no tardé más de cinco minutos en hacerlo. Lo que quería era asustarlo y quedarme la mesa

hasta el momento en el que se levantara el compadre. Incluso le diría que no me pagara, que sólo necesitaba la mesa porque quería jugar solo. Pero cuando metí la última bola el encargado del lugar y tres hombres más me estaban mirando. No me di cuenta en qué momento llegaron. Me concentré demasiado en la mesa.

El encargado ordenó que dobláramos la apuesta. No quería problemas, así que acepté a riesgo de perder o de que no me pagaran.

Dejé que el gordo abriera. Me bastó ver cómo se acomodaba en el primer tiro para saber que limpiaría la mesa. Me senté en un banco y me dediqué a observar cómo jugaba: era algo lento, pensaba mucho los tiros y se inclinaba a jugar por el lado derecho. Desde ahí repartía el juego hacia la banda izquierda pero no preveía mucho su siguiente tiro. La roja y la ocho se le complicaron por eso. La roja quedó pegada a la pared del fondo, tuvo que bandear a la altura del primer diamante, con efecto derecho y arriba para que sólo pisara la bola y se fuera tallando suavemente la banda hasta la buchaca. Con la negra pasó de igual manera, sólo que esta vez no tuvo que utilizar la banda: era un tiro largo, la nueve estaba en diagonal de la negra en dirección a la buchaca del centro. Le dio quedo, pisando la ocho. La blanca le quedó en línea recta para meter la rayada al centro. Fácil. En realidad no era tan bueno. Cuando terminó la numeración ya nos estaban viendo un adolescente con uniforme de secundaria, una mesera y dos hombres más que habían dejado abandonada su mesa de carambola.

Pregunté por el baño. Como tenía que pasar entre los mirones, uno de ellos me tomó del brazo y me dijo que subiera la apuesta. Dije que sí. Entré al baño. Me eché agua en la cara. Al salir fui a buscar otro taco. Me decidí por uno más pesado. Al llegar a la mesa ya había más gente esperando el espectáculo. Rodearon la mesa pero respetaron mi banco.

Subimos a ciento cincuenta por bola. Depende contra quién juegues si es mejor abrir o dejar que abran. Los dos sabíamos eso y los dos queríamos comenzar la mesa. Entonces el encargado (el dueño, el gerente, no sé quién fuera pero se movía con mucha autoridad) tomó dos bolas de la mesa de carambola y las puso, sin decir nada, frente a nosotros del lado en que estuvimos abriendo. Tiramos para saber quién comenzaba. Yo dejé la mía más cerca a mi banda, así que empecé. El gordo hizo una mueca y se fue a sentar. En la línea del segundo diamante, a dos bolas de distancia, puse la blanca. Hice un puente de tres dedos con el meñique casi acostado por completo sobre el paño y tiré con fuerza un paso abajo del centro de la bola, del lado izquierdo. Impacté la amarilla que se fue directo a la fosa izquierda del centro. La siete cayó en la esquina del fondo derecho. La única rayada sobre el paño, la nueve, no se movió, se quedó quieta como si la hubieran clavado a la mesa.

Vistas desde arriba, las bolas parecían dibujar una constelación que figuré como una estrella de cinco picos algo desproporcionada. No quise mirar más que la mesa. Los ojos puestos en mí me incomodaban y se comenzaba a sentir un ambiente turbio, la poca luz no ayudaba tampoco. Sólo iluminaba la mesa una lámpara colgante. La imaginé como un sol que clareaba unos planetas sobre

el fondo verdoso del paño. Preferí pensar en cómo sería una versión de “Cuando ya no me quieras” cantada por Tania Liberta con falsete huasteco o acompañada por Julio Jaramillo, en bolero, ambos cantando en “ese pueblo lejano” que mienta la letra de “El dueto Castillo”. Preferí pensar en esa canción inventada, en ese pueblo al que todos venimos a morir, en este que me encuentro ahora escapando de nada, preferí eso antes que fijarme en el ámbito del billar.

Tizé y, con el mismo puente, comencé: clavé la dos directo a la esquina izquierda del fondo haciendo que la blanca regresara cerca de donde había abierto el juego, sólo que a la altura del tercer diamante y pegada a la banda, desde ahí veía la roja para meterla en la primera esquina de la izquierda. Entonces había que pegarle con efecto para que jalara hacia el centro de la banda que conecta las dos buchacas esquineras y se regresara unos centímetros en dirección opuesta haciendo un triángulo. Ya estando allí, quedó la número cuatro para llevarla hasta la buchaca del fondo derecho. La distancia era considerable y no la quería cagar. Prendí un cigarro que dejé en la mesa y tiré igual con efecto. Al impactar la cuarta bola se regresó la blanca sólo un poco en ángulo recto. Quedaban entonces la cinco, la seis, la ocho y la nueve. La cinco, del lado izquierdo y a dos cuartas del diamante, y la seis, del lado derecho y a una cuarta del diamante de enfrente, estaban ambas casi en línea horizontal, mi blanca se encontraba un poco atrás del lado de la número seis. Se trataba de pegarle a la cinco, meterla en la esquina y que volviera al mismo sitio ayudada por la banda. Lo hice, sólo que le di con mucha fuerza y la blanca regresó más de la cuenta por lo que no complicó mucho el tiro. Simplemente le pegué de lado a la seis y se metió en el hueco de la esquina. Me quedó justo como quería, en línea recta para meter la negra en la buchaca del fondo que estaba a

medio camino entre las dos del centro, acercándose más a la del lado izquierdo. La nueve entró casi con la mano. Al cigarro que dejé prendido todavía le quedaba la mitad. Lo tomé y le di dos bocanadas largas. Cuando se disipó el humo me di cuenta de que ya había más gente viendo el juego. Supe que no sería fácil salir de ahí con el dinero.

Sin preguntarme, pusieron de nuevo las bolas y me aventaron la blanca para que volviera a abrir. Me arrepentí en ese momento de haber dejado mi pico en la jardinera de afuera. Intenté ir por otro taco pero ya no me dejaron salir del círculo que hicieron los mirones.

Abrí de nuevo, pero esta vez no tuve suerte, ninguna entró. La apuesta ya estaba a doscientos por bola. Comenzó a tirar el gordo hasta que dejó la mesa con tres bolas únicamente, la seis, la ocho y la nueve. Y, como dije, no era tan bueno: tenía algunas opciones en la mesa para resolver el tiro pero prefirió el juego marrullero: tenía que ir por la seis pero la nueve y la negra le estorbaban. De algún modo, no recuerdo bien cómo, consiguió pegar la seis a la banda derecha cerca de la buchaca. Del mismo lado, también pegadas, a la altura del segundo diamante dejó la blanca y la negra enfiladas, la rayada, la nueve, estaba en contra esquina de la seis.

Por supuesto, la negra me estorbaba, recuerdo que la imaginé como un eclipse que a ras de paño sólo descubriría sobre su cresta oscura un halo verde. Usar la contra-banda izquierda era una opción pero nunca han sido mi especialidad esos tiros. Entonces, sin pensarlo demasiado —sabía que de conseguir el tiro no tendría problemas con las demás bolas— hice un masse.

Tomé el taco con el que comencé jugando porque era más pequeño. Me recargué en el borde de la mesa, casi sentándome en ella, con un pie al piso de soporte, elevé el taco y con un puente alto, lo más alto que alcanzaban mis dedos, le pegué fuerte a la blanca, ésta rodeó la negra para pisar la seis y empujarla en la buchaca del fondo. El taco alcanzó a pegar en la mesa dejando un punto de tiza sobre el paño; la vibración del golpe me alcanzó hasta el hombro e incluso sentí como si el taco se hubiera quebrado por dentro. La blanca al darle a la seis se abrió hacia el centro de la mesa, desde ahí le pegué a la ocho, también pisándola y antes de que cayera en la buchaca del fondo ya le había pegado de nuevo a la blanca para meter en la esquina de enfrente la rayada. Ésta y la ocho cayeron casi al mismo tiempo.

Sólo hasta que vi la mesa vacía, con la única sobreviviente sobre ella, fue cuando de nuevo volví al billar, al lugar donde me encontraba y al motivo por el que estaba ahí. Levanté la cabeza sobre los que nos observaban y comprobé lo que de algún modo ya sabía: el compadre se había ido del lugar.

La gente comenzó a dispersarse. Con cara de humillación se me acercó el gordo acompañado del encargado del billar y de otros dos. El encargado sacó de no sé dónde un pequeño letrero que aventó a la mesa de billar que decía: “PROHIBIDO TIRAR MASSE”.

Me llevaron por la salida de atrás del local que daba a un estacionamiento cerrado. Me arrinconaron y, de espalda a ellos, el encargado me dio unos madrazos en las costillas mientras me sujetaban los otros. Me rompieron tres dedos de la mano derecha y cuando me tumbaron lo único

que hice fue enconcharme. Ahí me soltaron unos patines y con la empuñadura de un taco me dieron hasta que lo quebraron. Me dejaron ahí y se metieron de nuevo al local.

Lo único que me dolía era la mano: no podía moverla. Rompí parte de mi playera y me amarré los tres dedos que me habían roto. Fui por mi pico, no para regresar al billar, sino para alcanzar al compadre.

Revisé la hora: las diez. El compadre se había ido antes de lo esperado. Por supuesto, no lo encontré camino a su edificio. Enfrente de éste, me senté en la banqueta con dificultad —los golpes empezaban a doler— y lo esperé por una hora hasta que alguien abrió la puerta del edificio. Era la esposa del compadre, la reconocí porque llevaba puesto el rompeviento *Nike* que me describió el Tuerto. No recordaba bien si en el billar lo llevaba puesto o no el compadre. Supuse que él estaría en el cuarto de azotea. No sabía cuánto tardaría la esposa en regresar por lo que me decidí de inmediato a subir. La puerta de la entrada del edificio estaba entreabierta igual que la que daba con la azotea, quizá debido a un descuido de la esposa o a una mera comodidad de su parte. De ser la segunda, la esposa regresaría pronto. Entonces me apuré.

En la azotea había varios lavaderos y rejas que hacían de bodegas. Un cuarto muy pequeño se alzaba en la parte que colindaba con otro edificio. Miré la distancia entre ambos y comprobé que no era una opción brincar a la otra azotea: tendría que salir por donde había llegado. No había luz al interior del cuarto, pero se alcanzaba a escuchar un radio. Toqué la puerta de lámina. Oí pasos

aproximándose. En cuanto abrieron la cerradura empujé la puerta, la golpeé con todo mi cuerpo. El que estaba del otro lado cayó. Giró de inmediato e intentó ponerse de pie pero no dejé que lo hiciera. Todavía traía el coraje de la madriza en el billar y me desquité con él.

Sin tener suficiente, sin haberme satisfecho, escuché que abrían la puerta que daba a la azotea. Tomé mi pico con la mano lastimada, se lo calvé donde pude, en la cara, y salí corriendo antes de que pisara el cuarto la esposa, la aventé y seguramente se cayó y tiró lo que traía, botellas, no lo sé, no quise volverme.

Nunca regresé a mi casa. Conté mi dinero, quinientos pesos, y me fui directo a la estación camionera del norte. Tomé el pasaje más barato que me llevara lo más lejos posible. Llegué hasta Zacatecas. Ahí estuve un año. Trabajé armando guacales en la central de abasto hasta que me recuperé de los dedos y pude jugar de nuevo. Jugando y apostando logré juntar una cantidad considerable para poner un billar, no ahí en Zacatecas, sino acá en Reynosa.

Hace como seis meses mandé a uno de mis empleados a la ciudad para que consiguiera un rollo de tela para las mesas que sólo se hace allá, un paño azul que me gusta mucho. Le encargué que pasara al billar y preguntara por el Pulga, pero que sólo se acercara si lo veía solo. A su regreso me dijo que encontró al Pulga, que le dijo que iba en mi nombre y que le dejó el teléfono del billar aquí en Reynosa. El Pulga era poco expresivo, así que nomás le dio las gracias.

Ayer a las once de la mañana me telefoneó. Llegó al billar a las seis de la tarde. Me contó qué hacía en Tamaulipas: su plan era que lo conectara con algún coyote. Le dije que conocía a varios pero que ninguno era confiable, así que prefería no ayudarlo. Él comprendió. De cualquier modo, tenía ya tres días en la ciudad y había ubicado algunos coyotes que le recomendaron desde México. Me di cuenta de que sólo me interesaba verlo para que me dijera qué había pasado con el Tuerto. Después de varias cervezas llegamos a ello.

—El Tuerto ya no está tuerto, está ciego —me dijo como si esperara mi sorpresa, pero fingí no tenerla. —Pensé que ya sabías cómo terminó todo, pensé que por eso habías decidido venirte para acá.

—No, el día que fui a buscar al compadre del Tuerto ya no regresé a mi casa. Lo decidí en ese momento.

—¿Y no viste a quien picaste esa noche?

—No.

El Pulga sonrió.

—Picaste al Tuerto... —me dijo y no pude fingir de nuevo mi sorpresa—, el compadre desapareció ese día. Yo creo que ya sabía que ibas por él.

—¿Y qué hacía el Tuerto ahí, en la casa de la esposa?

—El cabrón se estaba cogiendo a su comadre —no pudo evitar reírse el Pulga, yo también sonreí.

—Tenían todo un plan.

—¿Volviste a ver al Tuerto?

—Sí, lo vi un mes después. Como sabía que yo platicaba contigo llegó a preguntarme por ti.

Pobre pendejo, me dio mucha lástima. Todavía traía vendada la cara. Y llegó solo.

—Siempre estaba sólo.

—Pero ahora sí lo estaba en verdad. Como pidiendo limosna, me preguntó si no te había visto.

Le dije que no y le invité una cerveza. Ahí se descosió. El Tuerto tenía más de un año cogiéndose

a su comadre. Nunca te dijo pero su compadre era también su hermano. Le ganó el amor por su

cuñada. La cuñada, por lo que me dijo, odiaba al hermano del Tuerto. De algún modo lo convenció

para que fingieran el asalto. El compadre tenía un seguro de vida que le dio la empresa en la que

trabajaba: si algo le pasaba al hermano del Tuerto en el camino del trabajo a su casa el seguro

cubriría los gastos. Era mejor que se muriera porque así podrían cobrar completa la póliza:

quinientos mil pesos. Con eso planeaban mandar a la chingada el cuarto de azotea y mudarse.

Mientras a ti te estaban madreando, el Tuerto estaba en la casa de su cuñada confiando en que ya

no regresaría su hermano. De hecho, el hermano nunca regresó. No se supo nada de él después de

ese día, según lo que me dijo el Tuerto. Me dijo que también se había arrepentido. Me contó que

Luisa, la cuñada, cuando salió a comprar otra botella se puso la chamarra de su hermano, la que

nunca se quitaba, y que cuando se la vio puesta se encorajinó cabrón, contigo, con Luisa, con él

mismo. Me decía todo como si se estuviera disculpando. Y luego se le fue el pedo y me dijo: “pinche Poeta, nunca quise hacerlo”. Y ya. Quiso pagarme la cerveza y no lo dejé. Tampoco insistió mucho. Se fue a tuestas.

No supe qué decirle al Pulga. A los dos nos dio sueño o fingimos tenerlo. Pero no tenía espacio en mi casa para que se quedara. Lo dejé quedarse en el billar. Le di un duplicado de la llave por si tenía que salirse. Llegué al siguiente día temprano para abrir el billar. Era sábado. El Pulga ya se había ido. No lo volví a ver. **¶**